

ORTEGA Y ZAMBRANO; MAESTRO Y DISCÍPULA: PRESENCIA, SILENCIO, DISTANCIAS

*Ortega-Zambrano, master-disciple: Presence,
silence, distances*

José Carlos Rodríguez Álvarez

*«Quizá la paternidad comporte siempre
esta mirada que descubre el tiempo»*

(María Zambrano)

RESUMEN: *Todo pensamiento vive enraizado en una corriente de tradición ante la que toma posición, permitiendo abrir discontinuidades que la dinamicen y haga viva. En este juego de continuidades y rupturas, Zambrano marca una permanencia y unas distancias con el pensamiento de su maestro Ortega.*

Palabras clave: *Zambrano, Ortega, maestro, discípulo, presencia, silencio.*

ABSTRACT: *Every thought has its roots in a traditional school, and adopts an attitude towards this school, thus opening the way for discontinuities to dynamize and enliven it. In this game of continuities and breaks, Zambrano sets both permanence and distances with the thought of Ortega, her master.*

Key words: *Zambrano, Ortega, master, disciple, presence, silence.*

1. INTRODUCCIÓN

Uno de los temas recurrentes, tratado con mayor o menor intensidad por casi todos los estudiosos de la obra de María Zambrano, es su relación con la persona y la obra de su maestro Ortega. La propia María Zambrano es en parte responsable del tratamiento que se le da en este asunto, pues a lo largo de su obra no deja de señalar el hecho de sentirse discípula de Ortega, y de entender a éste como su maestro.

Ante las diversas opiniones y desacuerdos respecto a este hecho quisiera comenzar mi artículo replanteando el asunto para ver si podemos aclararlo en vistas a fijar una posición. La relación Ortega y Zambrano, se articula en tres momentos o partes, y los denominamos como: presencia, silencio y distancias; en el presente artículo solo nos vamos a detener en los dos primeros, el de la presencia y el silencio. Debemos señalar que estos momentos no son hechos puntuales que podamos fijar en una fecha cronológica, sino que los consideraremos desde el desarrollo de la obra y la vida de María Zambrano, como una atmósfera que la rodea.

Por lo que respecta a la presencia, tenemos que indicar que algunos autores como Aranguren¹, señala a Zambrano como la gran «heterodoxa» de su maestro, otros, como Julián Marías, cuando estudia la Escuela de Madrid², ni tan siquiera la menciona como discípula, pero sí en cambio tiene en cuenta como miembros de ella a José Gaos, Zubiri y a su propia persona como «uno de los últimos eslabones» de dicha Escuela.

El propio José Gaos, en sus *Confesiones profesionales* no nombra a Zambrano y la vinculación de ésta a Ortega. Un dato que nos parece extraño, pues el libro puede considerarse como el «itinerario» de su vida, como una «autobiografía filosófica», la de un profesor de Filosofía que no se considera filósofo³. Nuestra extrañeza viene dada porque su vida se cruza con la de Zambrano en Madrid y durante algunos años en el exilio en México compartiendo una misma tarea, la de la docencia. Sí lo hace en su *Epistolario*, donde encontramos una carta de José Gaos a María Zambrano de abril de 1949. En ella Gaos trata de contestar a una pregunta que Zambrano realiza sobre una afirmación del propio autor acerca del carácter sis-

1 J. L. Aranguren: «Los Sueños de María Zambrano» *Revista de Occidente*, n.º 34 Enero, 1966, pp. 207-212.

2 J. Marías: *La Escuela de Madrid*, Emece Editores, Buenos Aires, 1959, p. 9-15.

3 «He dado a este curso de lecturas el título de *Confesiones profesionales* y no el de confesiones filosóficas, porque estoy muy seguro de ser profesor de Filosofía, pero lo estoy muy poco de ser un filósofo. Para ser un filósofo parece que me falta... una filosofía... no he desarrollado mis ideas en la forma el parecer requerida de una verdadera filosofía: sistemática, objetiva.» J. Gaos: *Obras Completas*, vol. XVII, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 313.

temático de la filosofía de Ortega en sus últimos escritos. Gaos le responde que ha perdido los papeles y no se acuerda de lo dicho⁴.

Además —le indica Gaos— ¿para qué quiere usted decir otras cosas que las que piense usted misma, tan excepcionalmente «pensadora» y tan conocedora de Ortega y de su obra como quien más?⁵

No faltan autores que quieren advertir que esta falta de presencia se debe a que en realidad María Zambrano fue una disidente. Comprendemos por «disidente» aquella persona que se «*sienta lejos de*», la que se aparta o se aleja del asiento donde el otro está sentado. La disidencia marca por tanto una lejanía, una distancia respecto a la posición del otro con el que en algún momento concordamos. Una distancia que nada tiene que ver con la ruptura. Uno puede tomar distancia, pero la toma de distancia no significa una ruptura con los planteamientos iniciales.

Este tono de disidencia con el pensamiento del maestro, es señalado y estudiado en las investigaciones de Ana Bundgård⁶ y José Ignacio Eguizabal⁷ sobre Zambrano. Ambos autores coinciden en situar el pensamiento de la autora en las antípodas de su maestro. En el caso de Bundgård, no es solamente la disidente del pensamiento de Ortega, sino que podríamos situarla como disidente del propio hacer filosófico, en la medida que para Bundgård la filosofía es ciencia conceptual y analítica del discurso⁸, mientras que la:

4 Aunque J. Gaos no se acuerda de lo dicho sobre la búsqueda de sistema en las últimas obras de Ortega, tema que preocupaba y sobre el que reflexionó Zambrano. Desde la obra escrita de J. Gaos podemos pensar que diría lo siguiente: «Ortega venía crecientemente preocupado y ocupado por la sistematización de su pensar, para mi una concesión a la valoración superior de las formas sistemáticas en la historia de la filosofía y un contrasentido hasta cierto punto con las tesis originales.» J. Gaos: *Obras completas*, vol. VI, México, Universidad Nacional Autónoma de México, (ed.1990), p. 237.

5 J. Gaos: *Obras completas*, vol. XIX, México, Universidad Nacional Autónoma de México, (ed. 1999), p. 313. Una referencia a este dato podemos encontrarlo en Carlos Pereda: «Fieles en la ruptura. Discípulos en el exilio: Zambrano, Gaos», en VV. AA.: *El Madrid de José Ortega y Gasset*, Sociedad Estatal de conmemoraciones culturales / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, pp. 297-309.

6 A. Bundgård: *Más allá de la filosofía, sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Editorial Trotta, 2000.

7 J. Ignacio Eguizabal: *La huida de Perséfone. María Zambrano y el conflicto de la temporalidad*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1999. También J. Ignacio Eguizabal: *El exilio y el reino*, Murcia, Huerga y Fierro Editores, 2002.

8 A. Bundgård: *ob. cit.*, p. 13-14.

Filosofía-poética de carácter místico zambraniana se transforma en una religión poética de carácter místico que busca rebasar la escisión sujeto-objeto propio de la Modernidad en una unidad originaria supratemporal⁹.

No pueden ser más distantes las posiciones de Ortega y Zambrano. Bundgård considera que deberíamos hablar más que de una *presencia indefinible* como sostiene José Luis Abellán¹⁰, de una *diferencia palpable* entre concepciones contradictorias. Zambrano y Ortega son dos visiones del mundo antitéticas:

Pues el fundamento en que estas visiones se apoyan, y sobre el que ambos construyen su pensamiento, es muy distinto: el de Ortega es racional; el de Zambrano, sin caer en el irracionalismo, remite una y otra vez al nivel pre-lógico y pre-racional del sentir originario. La «realidad radical» en el discurso zambraniano es lo indiferenciado de un estado unitario, anterior a cualquier juicio lógico.¹¹

Los conceptos orteguianos pierden su significado al ser transportados por Zambrano desde la clave histórica de Ortega a clave mística. Frente a los enigmas de la vida, en palabras de Bundgård, la actitud de Zambrano responde a una concepción religiosa-mística del mundo, la concepción de Ortega y Gasset es por el contrario eminentemente filosófica¹².

Para solventar este asunto, creemos que lo mejor sería escuchar a la propia María Zambrano en vistas a dar cuenta de cual es la capa de presencia que Ortega tuvo en su obra y su posible disidencia.

Para ello en un primer momento responderemos a la pregunta sobre la manera de entender Zambrano el magisterio y el discipulado.

El segundo momento a tratar es el del silencio. Silencio sobre todo en lo que respecta a acontecimientos, o mejor dicho a los gran-

⁹ *Ibid.*, p. 15.

¹⁰ J. L. Abellán: *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, pp. 257-284. Abellán señala que: «La presencia indefinible de Ortega ante María Zambrano es evidente desde la lectura de sus primeras páginas, y, a pesar de ello, inapresable; podríamos hablar mucho sobre ello sin que llegásemos a una conclusión definitiva; a modo de sugerencia, nos atrevemos a decir que ese rasgo de parentesco quizá halle su veta más profunda en la falta de *apatheia* de ambos pensadores.» (p. 260).

¹¹ A. Bundgård: *ob. cit.*, p. 61.

¹² A. Bundgård: «El binomio España-Europa en el pensamiento de Zambrano, Ferrater Mora y Ortega y Gasset», en Carmen Revilla (Ed.): *Claves de la Razón Poética*, Madrid, Editorial Trotta, 1998, p. 43-54.

des acontecimientos que para todos y sobre todo para los intelectuales supuso la II República y la llamada guerra civil española.

Por último, un tercer aspecto, en la relación Ortega y Zambrano, que no vamos a considerar aquí, pero que dejamos pendiente para una próxima publicación, es lo que hemos denominado *distancias* o ensanchamientos dentro del plano teórico del pensamiento, y que pudieran no ser *distanciamientos*, si situamos estos dentro de un plano afectivo de fidelidad a la persona del maestro y a su acción, que hace de suelo nutriente y germinante en la vida del discípulo. El tratamiento de este aspecto entronca con el de la continuidad y la disidencia, dentro del juego de la presencia y la ausencia.

No obstante hemos de advertir, que estos tres aspectos, no debemos verlos como etapas cronológicas que podamos fechar y datar, sino que hacen referencia a un todo envolvente en la vida de Zambrano, como una atmósfera que la rodea. El maestro siempre estuvo en la sombra incitándola y provocándola a pensar, pero el pensamiento es suyo, un ejercicio de su libertad ante las circunstancias duras y adversas por las que tuvo que atravesar y a las que siguiendo a Ortega había que dar respuesta. El maestro es así la chispa que provoca el incendio, pero él no es el incendio. En el incendio algo se consume y se transforma, pero algo permanece, la chispa que lo ha originado.

Las palabras de Ortega son palabras semillas que germinan en la vida y el pensamiento de la discípula. Palabras que en la justa medida de su muerte, de su ruptura son promesas del nacimiento de frutos nuevos que mantienen y conservan en fidelidad una forma, la del pensamiento.

Después de haber señalado el cometido central de este artículo, pasaremos a desarrollar el primer punto: La presencia del maestro.

2. LA PRESENCIA DEL MAESTRO

Quisiera comenzar señalando un aspecto sencillo en la vida de María Zambrano, y es que ella es hija de maestros: Don Blas Zambrano y Doña Araceli Alarcón. Este pequeño apunte sitúa la reflexión sobre la figura del maestro, no en un plano puramente teó-

rico-especulativo y desconexionado de su vida, sino en el ajetreo cotidiano de su vivir.

Desde su niñez e infancia Zambrano vive la vida un tanto ambulante de los maestros de aquella época (Vélez-Málaga, Segovia, Madrid), vive también las preocupaciones de su padre y de su madre por la educación de la juventud. Como ha señalado José Luis Mora¹³, gran parte del núcleo del pensamiento de Zambrano, su talante, se encuentra en los escritos de su padre y en las programaciones de clase de su madre. No se trataba tanto de llenar la cabeza del alumno de enseñanzas, sino de educarlos para la vida en su integridad y que llegaran a pensar por ellos mismos para transformarla, tanto a nivel personal como dentro del colectivo de la patria. Pues la realización de la patria, la ciudad y la persona se implicaban mutuamente.

El magisterio y la presencia de su padre, tienen una relevancia fuerte en el pensamiento y la vida de Zambrano, tanto que en carta del año 1971, a Pablo de Andrés Cobos, uno de los discípulos de su padre, lo antepone al propio magisterio del mismo Ortega:

No me amilané, porque sabía y me sé aún bastante «heterodoxa». Lo que no impide que otros consideren que mi pensamiento no hace más que seguir el de Ortega o al de Ortega. Y en verdad, siendo discípula suya, como lo soy antes que de él, de mi Padre, he caminado siempre por mi cuenta debiéndoles siempre, y siguiendo a mi Padre íntimamente, sin poder remediarlo. En fin, seguiría escribiéndote¹⁴.

Zambrano no reniega de su condición de heredera y de hija. Todos somos herederos en alguna medida, desde nuestro código genético biológico hasta las más altas realizaciones de la cultura, y el trato adecuado a lo heredado es cuidarlo no para que se perpetúe acartonadamente, sino para que vivifique nuestra vida y nos plenifiquemos recíprocamente.

13 J. L. Mora García: «María Zambrano: La herencia paterna de su compromiso intelectual y moral», en J. M. Romero Baró: *Homenaje a Alain Guy*, Barcelona, Edicions de la Universitat de Barcelona, 2005, pp. 201-225. Este autor ha dedicado gran parte de su trabajo a estudiar estas raíces paternas en la obra de Zambrano; al mismo tiempo que ha publicado parte de la obra de Don Blas.

14 *Ibid.*, p. 205.

Teniendo como punto de partida este señalado magisterio paterno, vamos a considerar el magisterio de Ortega y el discipulado de Zambrano.

Ortega fue una de las múltiples lecturas de juventud de Zambrano. La obra *Meditaciones del Quijote* fue uno de los libros que encontró en la biblioteca de su padre. Pero en esta obra Zambrano no reconoció inicialmente a Ortega como el que le hablaba, sino que ella creyó estar leyendo una meditación del propio Quijote. Era Don Quijote quien meditaba y quien le hablaba para descubrirle que el conocimiento era un ejercicio de amor, un juego amoroso para rescatar el «logos» hundido de las cosas, de lo real, de lo cotidiano y aparentemente trivial como el río Manzanares. Desde esta obra, a Zambrano se le revela, que todo lo real guarda una palabra, las cosas tienen voz aunque estén mudas.

Esta comprensión de lo real como aquello que custodia una *palabra originaria* que dota de plenitud de sentido las cosas y que sólo es posible revelarla desde el dinamismo del amor, será de una constante presencia en el discurrir del pensamiento de Zambrano.

Como hemos señalado, *Meditaciones del Quijote* supone el primer encuentro, aunque velado, de Zambrano con Ortega; pero ella no sólo leyó a Ortega, sino que escuchó a Ortega, en sus clases de filosofía en Madrid, descubriendo en él a un maestro, a un hombre con vocación de maestro. Debemos entender que un maestro no es solamente aquel que imparte unas lecciones sobre diversos temas y las distintas formas de abordarlos, sino que el maestro es el hombre que abre horizontes para recomenzar a pensar, se presenta como guía para que el alumno pueda descubrir su propio ser, sin anularlo con su presencia. El maestro, como señala José Ángel Valente, es aquel que permite el nacimiento¹⁵, y todo nacimiento es un acontecimiento originario que nos abre a la luz y al tiempo.

El maestro sabe abrir huecos, crear vacíos por los que el discípulo debe comenzar a pensar por sí mismo, con el riesgo de distanciarse de la posición de él, manteniéndose tensionalmente entre la fidelidad a su persona, entendida como la práctica a continuar sus hallazgos y el «salto» a regiones por las que el maestro no se atrevió

15 J. Ángel Valente: «María Zambrano y “El sueño creador”», *Ínsula*, n.º 238, 1966, pp. 1 y 10.

a caminar, por falta de tiempo, por cobardía o comodidad. La fidelidad se ejercita así entre la continuidad y los saltos, distancias o rupturas; discontinuidades¹⁶.

No es que Zambrano critique a Ortega, pues su obra no polemiza abiertamente contra nadie, sino que trata de asimilar en su vida las enseñanzas del maestro y en tanto que su vida no es la vida del maestro tiene que marcar puntos de rupturas aventurándose por senderos nuevos. Como señala la propia Zambrano:

La filosofía de la razón vital de Ortega ofrece un punto de partida que es el nuestro; mas, como quizá perciba el lector advertido, es justamente eso, un punto de partida, ya que la mejor fidelidad al maestro es seguir pensando¹⁷.

Señalemos brevemente cual es la consideración que Zambrano tiene de la vocación del maestro, invitando a leer detrás de la palabra «maestro», la presencia y la figura de Ortega.

Vocación deriva de la palabra latina «vocare»; ésta proviene de voz, voz como llamada al ser humano para que se vierta más allá de sus propios confines, para que salga de sí, es por tanto, en palabras de Zambrano, una acción transcendente del ser, una «salida», si podemos decir del ser humano¹⁸. Es un ensimismarse para luego volcarse, manifestarse en acción y palabra. La vocación siempre nos «precede y nos trasciende»¹⁹, ella es el misterio de nuestro ser que se nos ofrece en nuestro nacimiento.

16 Quisiera ofrecer dos textos en los que se muestra la continuidad dentro de la discontinuidad: «Creo que Ud. ya sabrá que he sido discípula de Ortega y Gasset —cosa que sí sabía el rector— y es su filosofía la que sigo, la que en todo caso me inspira y dirige.» Carta de María Zambrano a Daniel Cosío Villegas, Secretario de la Casa de España en México, el 4 de abril de 1939. Se encuentra en F. J. Dosil Mancilla: «La sombra de un destino. El exilio de María Zambrano en Morelia», en VV. AA.: *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*, Madrid, Publicación de la Residencia de Estudiantes/Fundación María Zambrano, 2004, pp. 111-137, p. 117. El otro texto forma parte del «currículum vitae» que Zambrano envía a José Luis Abellán en 1965; ella dice de sí misma: «Considerada como formando parte de la «escuela de Ortega», de quien en efecto se dice su discípula. La «Razón vital» de Ortega es su punto de partida; mas, tanto los temas como su pensamiento mismo, no siguen ese camino, como puede verse ya desde el ensayo «Hacia un saber sobre el alma» publicado en la Revista de Occidente en 1935». J. L. Abellán: *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*. Editorial Anthropos, Barcelona, 2006, p. 102.

17 M. Zambrano: «Filosofía y educación: la realidad», en M. Zambrano: *Filosofía y educación, (Manuscritos)*, Málaga, Editorial Ágora, Edición de Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey, 2007, pp. 149-154, p. 154.

18 M. Zambrano: *La vocación de maestro*. Introducción de Gregorio Gómez Cambres, Málaga, Editorial Ágora, 2000, p. 125.

19 M. Zambrano: *Cartas de la Pièce* (correspondencia con Agustín Andreu), Edición de Agustín Andreu, Valencia, Pre-textos, Universidad Politécnica de Valencia, 2002, p. 257.

La vocación nos muestra un doble movimiento, por un lado un adentramiento del sujeto en el interior del ánimo y un manifestarse de éste, (interiorización-exteriorización); en terminología orteguiana un ensimismarse y un alterarse. Esto hace que no podamos identificarla con profesión entendida como ocupación o empleo, sino como destino que estamos llamados a realizar, como autenticidad, en tanto que es aquello que no podemos dejar de ser. Es decir, como lo ineludible, aunque siempre con el riesgo de que el hombre al tener libertad, puede traicionarse, lo que implica cargar con el peligro de la insatisfacción y la frustración. El profesor es el hombre que enseña desde el cumplimiento de una tarea, repitiendo ideas recibidas, es un funcionario del saber. El maestro es único, las palabras que dice son suyas, ofreciéndonos desde ellas presencia trascendente²⁰.

Toda vocación es en su esencia mediadora entre el ser y la realidad, entre vida y razón, entre el individuo y la sociedad. La razón se concreta, la vida se sustancializa, toma cuerpo, figura y se realiza²¹, y el realizarla es ocupar nuestra posición singular en el mundo que sólo le corresponde a uno como ser único e irrepetible. Es nuestro destino. Para que la vocación y el destino de una persona aparezca es necesario un pensamiento que deje lugar al individuo, a la libertad²².

El maestro es la realización concreta de una vocación, y participa de sus rasgos. En esta tarea, él es un mediador referido al ser de lo viviente, al ser en tanto que crece y se integra en el mundo, dentro de lo real. Es un mediador trascendente, y trascender es ante todo, para Zambrano:

Mediar, ir y venir entre lugares extremos y si no es eso lo propio de lo humano, se quedará el hombre reducido a ser una criatura no muy diferente de las demás, se quedará privado de su situación singular en el mundo²³.

El maestro es también un claro de palabra y presencia. Es el que comparece ante los alumnos rompiendo el silencio, el instante de silencio que abre todas las clases. Instante en el que no se sabe que

20 *Ibíd.*, p. 255.

21 M. Zambrano: *La vocación...*, *ob. cit.*, p. 129.

22 *Ibíd.*, p. 118.

23 *Ibíd.*, p. 132.

va a acontecer, a darse o derramarse²⁴. El alumno comienza a ser discípulo cuando por la palabra escuchada se le revela la pregunta; esto significa que el no tener maestro es no tener a quien preguntar y no tener ante quien preguntarse por su ser. El verdadero maestro enseña al discípulo a saber interrogar, y esto es, en palabras de Zambrano, «lo más difícil»²⁵, en la medida que toda pregunta porta la exigencia de una previa escucha.

Como mediador el maestro da tiempo y luz, elementos esenciales de toda mediación. Da tiempo, un tiempo naciente.

Haciendo sentir al alumno que tiene todo el tiempo para descubrir y para irse descubriendo, liberándolo de la ignorancia densa donde la pregunta se agazapa²⁶.

El maestro establece un ejercicio de mediación entre el saber y la ignorancia, y su acción es una llamada al nacimiento del diálogo.

Ortega fue, y así lo vivió Zambrano, un maestro mediador, un hombre vocacionado, no solo en las aulas con sus alumnos y discípulos, sino un mediador con el pueblo español. Ortega fue un maestro de filosofía. Un amante de la sabiduría que con sus palabras convocaba a los discípulos a interrogarse por los problemas radicales de la vida y del mundo. Esto marca diferencias respecto a ser maestro de otra materia cualquiera, preocupado por despertar el gusto por una parcela concreta y parcial del saber.

En la medida que la enseñanza filosófica no recae primeramente en el pensar y el saber del discípulo, sino sobre su ser mismo, y sólo por ello, podrá luego recaer en su pensar y su saber. Desde esta tarea radical del maestro de filosofía se nos abren algunas consideraciones.

La filosofía se presenta no como el ejercicio de un discurso (filosofía) sino como una acción (filosofar), como forma de vida²⁷ que pone en cuestión otras vidas. La tarea del maestro de filosofía es un

24 «A los claros del bosque no se va, como en verdad tampoco va a las aulas el buen estudiante, a preguntar. Y así, aquel que distraídamente se salió un día de las aulas, acaba encontrándose por puro presentimiento recorriendo bosques de claro en claro tras el maestro que nunca se le dio a ver: el Único, el que pide ser seguido, y luego se esconde detrás de la claridad.» M. Zambrano: *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993, p. 17.

25 M. Zambrano: «Ciencia e iniciación», *Educación*, n.º 31, diciembre de 1970, pp. 77-79.

26 M. Zambrano: *La vocación...*, *ob. cit.*, p. 139.

27 La idea está tomada de P. Hadot: *La filosofía como forma de vida*, Barcelona, Ediciones Alpha Decay, 2009.

recrear la vida haciendo de un hombre otro hombre, y aquí es donde encontramos su responsabilidad, que para serlo requiere, en palabras de Zambrano: tener *convicción* de espíritu y *claridad* en la exposición²⁸.

El modelo por excelencia del maestro de filosofía es Sócrates. El que paga con su vida por filosofar; por su entrometimiento en todos los asuntos. Sócrates es el *tábano de Atenas* que sale a la plaza pública, al ágora, para encontrarse con la gente de la calle y hacerles preguntas desde lo cotidiano de la vida. Preguntas envueltas dentro del dinamismo del «Eros» que hace posible el diálogo y que abre en el discípulo la posibilidad de la pregunta. «Un eros de la distancia. El eros que corresponde al logos que abre espacio donde poder circular»²⁹. Es el Eros que dirige nuestra mirada a un horizonte y rompe la soledad solipsista del yo. Por el Eros, el logos va abriendo espacios propios dentro de la mente que lo acoge, va configurando una forma propia de ser. Envueltos en los mantos de Eros el maestro es un centro y un horizonte que abre al discípulo el camino de su ser.

Dentro de este *Eros* la filosofía se hace viva y derriba las diferencias entre maestro y discípulo, saliendo ambos en la búsqueda de la verdad. Una verdad que transforma y dinamiza la vida personal y colectiva. En esa acción no hay ningún agente pasivo, los dos son actores del amor, los dos son arrebatados por la misma fuerza.

Como nos ha señalado Kant *nadie enseña a nadie filosofía*, se enseña a filosofar. Esta acción puede realizarse como Sócrates, saliendo a la calle, viviendo y sintiendo lo que se vive, tratando de clarificar el tiempo, de buscar transparencia y unidad en la propia vida y la del pueblo en la que nos tocó vivir; o por otro lado, filosofar desde una reclusión hermética, fuera de los aconteceres del tiempo, encerrando el fluir de la vida en un sistema de conceptos, que mineraliza la vida personal y la historia de un país, haciendo que estas no vivifiquen el presente³⁰.

28 M. Zambrano: «Ortega y Gasset, filósofo español», *Asomante*, n.º 2, 1949, pp. 6-15, p. 10.

29 M. Zambrano: *Cartas de la Pièce...*, *ob. cit.* p. 256.

30 Es la distinción que Kant establece entre los «artistas de la razón» o filósofos del discurso, aquellos que se cierran en la concepción escolar de la filosofía y los «filósofos del mundo» los que están atentos a las preocupaciones de todo hombre, los atentos a la praxis. En P. Hadot: *ob. cit.*, p. 169.

Con la enseñanza, la palabra y la presencia de Ortega, Zambrano descubre su vocación, su ser filosófico, pero la filosofía era algo que tenía que germinar y nacer dentro de ella, «no solamente de las palabras tan ricas de Ortega y anteriormente de las de mi padre»³¹. La filosofía era una germinación, una llamada a un nacimiento personal desde la *continuidad* y la *vigencia*, que son para Zambrano, las dos notas fundamentales de la tradición filosófica. Una *continuidad discontinua* y una *fidelidad* que debemos situar al nivel de la persona y no tanto en su producción intelectual de ideas. La fidelidad, «se ejercita en la continuidad del pensamiento, no en la continuidad de las respuestas dadas a lo pensado». La pregunta es la continuidad del filosofar, las respuestas marcan las discontinuidades y ponen siempre en actualidad el preguntar.

No se trata de ser orteguiana, como señala Zambrano en esa entrevista realizada por Pilar Trenas.

Porque si fuese orteguiana no sería discípula. También usted, eso lo entiende muy bien ¿no? sería una secuaz, que no discípula, lo contrario de ser discípulo³².

Con estas palabras de María Zambrano se nos hace posible comprender y sostener en nuestra reflexión, que el ejercicio del discípulo lleva impreso en su desarrollo y dinamismo dos elementos heterogéneos que mutuamente se reclaman: la *continuidad* y la *distancia disidente*. El maestro nos regala su pensamiento para que el nuestro se ponga en marcha. La continuidad viene dada por la tarea del pensar. La distancia y disidencia acontece cuando pensamos desde nuestro propio pensamiento y no con el pensamiento del maestro. Todo pensamiento es una invitación a pensar, así lo considera la propia autora:

Toda vida que se ofrece a la nuestra a través de un pensamiento, ya quiere que el nuestro se ponga en marcha; es una llamada a nuestro pensamiento que inmediatamente se dispara y entra en ejercicio³³.

31 Entrevista a María Zambrano a cargo de Pilar Trenas, emitida en el programa: *Muy personal*, 1988 de TVE., <http://www.ddoss.org>.

32 *Ibid.*

33 M. Zambrano: «Alejandro el grande, héroe antiguo», *Revista de Occidente*, n.º 127, enero 1934, p. 117-120, p. 118.

El discípulo retoma el pensamiento del maestro, se sitúa en el claro abierto por su pensamiento, y desde él trata de dar respuestas a los interrogantes que su propia vida y la realidad le plantea en el desentrañamiento de su ser. Como señala Ángel Valente, en torno a la consideración de Zambrano como discípula de Ortega:

Ya no puede tener hoy más valor que el de connotación de origen y no ser en caso alguno forma de reclusión o encasillamiento limitatorio³⁴.

Zambrano nos da cuenta de este amanecer de su pensamiento, enraizado con el de su maestro pero con luz propia en el artículo «*Ortega y Gasset, filósofo español*»³⁵. Ortega se le presenta como una presencia viviente que trasciende el pensamiento y lo envuelve³⁶, una presencia que no anula al discípulo encerrándola en ella, sino que permite que lleguen a ser ellos mismos.

Ortega es para Zambrano una presencia liberadora que llama a responder las urgencias de la vida abandonando las posiciones de pensamiento del maestro. Toda liberación es una forma de abandono.

En este artículo Zambrano relata la anécdota del abandono de los apuntes de clase cuando deja Madrid en plena guerra, un abandono que señala el nacimiento del pensamiento del discípulo, pues permite que brote y germine «en la medida de la necesidad»³⁷. Desde la soledad liberada del hecho, encarnada en la materialidad de los apuntes, es desde donde la acción del maestro ejerce su última acción. Una acción, que como si de una danza se tratase, la danza del pensamiento que amanece en el claro abierto por el maestro; lleva, en palabras de Zambrano, impresa los siguientes pasos: un *orden* y una *claridad* producto de la coherencia de la vida. Una «generosidad intelectual», que Zambrano llama mejor, *caridad*, y por último una *fe* en el pensamiento que se traduce en un amor a la tradición y a la circunstancia. Desde estos pasos se nos dona la presentación de unos problemas que el discípulo tiene que pensar desde él mismo, no con los pensamientos del maestro, sino desde sus propios pensamientos.

34 J. Ángel Valente: *ob. cit.*, p. 10.

35 M. Zambrano: «Ortega y Gasset, filósofo español», *Asomante*, vol. V, n.º 1, San Juan de Puerto Rico, enero-marzo 1949, p. 5-17 y n.º 2, p. 6-15.

36 *Ibíd.*, p. 5.

37 *Ibíd.*, p. 7.

Esto explica que haya formas de pensar diferentes e incluso dispares en los discípulos.

2.1. Reflexión de Zambrano sobre la obra y la figura de Ortega

A lo largo de toda la obra de Zambrano son múltiples las referencias directas e indirectas de la autora a Ortega³⁸, el camino tomado por nosotros será el de acercarnos, no en una progresión cronológica, a algunos de los artículos³⁹ que Zambrano escribió directamente sobre su maestro de filosofía. Artículos en los que vamos a descubrir su fidelidad a una persona, pero muy poco o casi nada aparecerá de las distancias con el pensamiento de Ortega y los nuevos rumbos y cauces que Zambrano toma desde el propio pensamiento del maestro y menos, mucho menos, de su distanciamiento político marcado por el silencio orteguiano, que analizaremos posteriormente en el tercer apartado.

El contenido de estos artículos se articulan en dos ejes: por un lado lo que germina y nace en María Zambrano ante la figura y la obra de su maestro, y por otro la imagen de Ortega, sus preocupaciones y atenciones, el carácter de su filosofía y la relación de su obra con la de otros autores españoles.

Comenzaremos desarrollando lo que germina y nace en Zambrano frente a la obra de Ortega y su vida.

38 Un estudio minucioso y amplio de estas referencias se encuentran en Luis M. Pino Campos: *Estudios sobre María Zambrano: el magisterio de Ortega y las raíces grecolatinas de su filosofía*. Servicios de Publicaciones. Universidad de la Laguna, 2005, pp. 33-124. De reciente publicación es obligado señalar el excelente trabajo de Ricardo Tejada en el que recoge los textos de María Zambrano sobre Ortega. M. Zambrano: *Escritos sobre Ortega* (Edición, introducción y notas de Ricardo Tejada) Madrid, Editorial Trotta, 2011.

39 Los artículos que manejamos son: «Señal de vida», *Cruz y raya*, 15 mayo 1933, n.º 2, pp.145-154. (Este artículo se encuentra publicado también en *Revista de Occidente*, Madrid, mayo 1983, n.º 24-25, pp. 270-278). «Ortega y Gasset universitario», *El sol*, 18 marzo 1936. (Posteriormente recogido en M. Zambrano: *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Editorial Trotta, 1998, pp. 70-72. También en *Anthropos*, suplemento n.º 2, marzo-abril 1987, pp. 14-15). «Ortega y Gasset, filósofo español», *Asomante*, vol. V, n.º 1, pp. 5-17 y n.º 2, pp. 6-15, San Juan de Puerto Rico, enero-marzo 1949. «De Unamuno a Ortega y Gasset», *Cuadernos de la Universidad del Aire*, n.º 7, agosto 1949, pp. 7-34. «Don José», *Ínsula*, noviembre 1955, n.º 119, p. 2 y 7; (también en *Anthropos*, suplemento n.º 2, marzo-abril 1987, pp. 16-17). «José Ortega y Gasset», *Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura*, enero-febrero 1956, n.º 16, pp. 7-12. «La filosofía de Ortega y Gasset», *Ciclón*, vol. 2, n.º 1, La Habana, enero 1956, pp. 3-9. «Unidad y sistema en la filosofía de Ortega», *Sur*, Buenos Aires, julio-agosto 1956, n.º 241, pp. 40-49.

Por la obra de Ortega nuestra autora mantiene despierto el fondo de su ser, se enciende en ella un «infinito deseo de ser»⁴⁰, un contagio de autenticidad que opera desde dentro de nosotros mismos, y nos balbucea ¡atrévete a ser!, como un eco del *sapere aude* kantiano. Ten el valor de ser tú mismo, de responder con la vida la pregunta ¿quién soy?; esa pregunta acompañará persistentemente a Zambrano en todos sus escritos y su vida, tratando de encontrar una forma y figura con el tiempo y la palabra. Una forma que a modo de espejo nos muestre en una visión quiénes somos verdaderamente.

Zambrano revive en muchos de sus artículos lo que vivió escuchando las lecciones de Ortega y señala como característica de éstas la unidad de su enseñanza bajo la pluralidad de los temas⁴¹. Para ella, Ortega se dirigía al ser humano necesitado de escuchar palabras verdaderas, palabras para poder vivir, palabras salvadoras de la fatalidad de las circunstancias. Este ejercicio amoroso se realizaba fuera de la oficialidad académica⁴², alejada de la lógica y filosofía del discurso encorsetado y cercano a las preocupaciones vivientes de la vida. La filosofía era cauce de vida, forma de vivir y de plantarse frente a la realidad para dotarla y dotarnos de plenitud de sentido.

La filosofía es para Ortega amor a la verdad hallada con el pensamiento, verdad que hacía despertar a Zambrano a la realidad de la vida, una vida comprendida como situaciones vivientes, no como conceptos limitadores, como hechos.

Desde la palabra de Ortega, Zambrano descubría su persona, «punto central que ordena y dirige la pluralidad cambiante de la vida»⁴³. La acción de Ortega era ir despertando en el alma de cada alumno esa unidad personal, desde la admiración angustiosa, desde el peligro abismal que nos hace patente la oculta indigencia de nuestro ser.

40 M. Zambrano: «Señal de vida», *Cruz y Raya*, 15 mayo 1933, n.º 2, p. 145-154.

41 M. Zambrano: «Ortega y Gasset universitario», en M. Zambrano: *Los intelectuales en el drama de España...* ob. cit., pp. 70-72.

42 Esta misma consideración es compartida por José Gaos: «Las mejores clases de Ortega eran acaso aquellas en que el maestro se abría libremente a un pequeño número de discípulos... un paso a la tertulia.» J. Gaos: *ob. cit.*, vol. VI, p. 245.

43 M. Zambrano: *Los intelectuales en el drama de España...*, ob. cit., p. 72.

El 18 de octubre de 1955 muere Ortega. Zambrano publica en noviembre «*Don José*»⁴⁴, una nota necrológica. El pequeño artículo es un recuerdo desde la ausencia prolongada que no ha roto la relación de filiación establecida desde su encuentro. En él, Zambrano señala dos aportaciones del maestro a su propio pensamiento: la primera es que le hizo comprender que la razón vital incluía una ética⁴⁵, una acción. La ética viene exigida al ser la vida un quehacer, y la razón, que acompaña el vivir, tiene que correr en su encauzamiento. La segunda aportación es la liberación del terror ejercido por la historia, por el tiempo. El tiempo con su carácter devorador consume cuanto toca, pero por otro lado permite el nacimiento, la memoria y la esperanza.

Después de haber señalado con Zambrano la experiencia viviente ante la obra y la persona de Ortega, pasamos a desarrollar el segundo eje de los artículos, centrado en la personalidad, tarea y carácter de la obra del maestro.

Con motivo de la publicación de las Obras completas de José Ortega y Gasset (1914-1932), Zambrano dedica a su maestro el artículo *Señal de vida*⁴⁶. Aquí, desde un espíritu romántico considera a Ortega como el «*héroe sin melancolía*» que nos hace entrega de su obra, de su pasado. La vida por la obra se hace mundo, se objetiva, pero la plenitud de la obra como pasado, nos dice Zambrano «proyecta su sombra sobre el lado que quedó sin ser; es el lado en sombra de la melancolía»⁴⁷. Toda vida es juego de presencias y de ocultaciones. Lo hecho, la obra, nos muestra lo que no hemos hecho y lo que todavía resta por hacer.

Podemos considerar que la obra como objeto entregado al mundo no agota el dinamismo de la vida, que como llamada a la realización de un destino, pide siempre trascenderse. Zambrano, desde una perspectiva scheleriana, considera «que la persona humana es algo trascendente, su ser está más allá de todo aquello que posa»⁴⁸.

44 M. Zambrano: «Don José», *Ínsula*, noviembre 1955, n.º 119, pp. 2 y 7; también en *Anthropos*, suplemento n.º 2, marzo-abril 1987, pp. 16-17.

45 Esta idea aparece ya formulada en una carta a Rosa Chacel del 31 de agosto de 1953, «Quisiera escribir eso mismo, la Ética según la Razón Vital, pero no sirvo.», en Ana Fischer Rodríguez (ed.): *Cartas a Rosa Chacel*, Madrid, Versal, Cátedra, 1992, p. 46.

46 M. Zambrano: «Señal de vida», *ob. cit.*, pp. 145-154.

47 *Ibid.*, p. 147.

48 *Ibid.*, p. 150.

Ortega nos entrega en sus obras su pasado, un pasado, que para Zambrano, se hace dinamizador, forjador de historia al sostener el tiempo, uniendo el pasado al presente y proyectándolo hacia el futuro. Un héroe que con su acción crea historia, unificando con su obra la vida de los demás en un tiempo, permitiendo construir tiempo.

Una consideración, un tanto distinta a la de su discípula, tiene el mismo Ortega sobre la publicación de su obra. Para él, el recoger el pasado es un signo decadente de la vida, en tanto que él vive volcado y proyectado hacia el futuro: «Yo no he sentido todavía el deseo íntimo de reunir mi obra... Por fortuna, yo siento aún un extraño asco al recuerdo»⁴⁹. Para Ortega la tarea en la vida es un quehacer inexorable hacia delante, el porvenir.

En casi la totalidad de sus artículos, Zambrano considera la obra de Ortega y su vida, como entregada a la tarea de España. La autora señala la aceptación de su condición de español, el sentir su españolidad como problema que hay que responder con la vida. España se presenta como la circunstancia en la que tenemos que hacer nuestra vida que es en su esencia empresa y tarea.

En esta apreciación coincide con el mismo Ortega que declara: «Por eso toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España»⁵⁰, desde la tarea periodística, tildada por Ortega, como «aristocrática en la plazuela».

La vocación de Ortega, fue la del filósofo. En palabras de Gaos, la del «*pedagogo del pueblo*», que miró siempre desde España, desde una fe, inspirado por el amor y la caridad, buscando la razón de toda realidad. Su obra filosófica nace de la reabsorción de la circunstancia, que es pensamiento. La filosofía como acción nos es ineludible «en los momentos decisivos de la vida, en los momentos que hay que «decidirse», pues el vivir nos obliga sin más a elegir»⁵¹. En momentos en que el Estado español se hundía y con él, la España oficial; otra realidad se agitaba, una España por nacer, auroral, vital, y en estos trances el intelectual no puede permanecer al margen.

49 J. Ortega y Gasset: *Obras completas*, vol. V, Madrid, Santillana Ediciones Generales y Fundación José Ortega y Gasset, 2006, p. 88.

50 *Ibid.*, p. 98.

51 M. Zambrano: «José Ortega y Gasset», *Cuadernos del Congreso por la libertad de la Cultura*, enero-febrero 1956, n.º 16, p. 7-12, p. 8.

Zambrano considera que Ortega como intelectual sufre esta pasión por España, y adentrándose en las entrañas del problema histórico de España y desde él «ha dado a luz al mundo una concepción nueva de la razón y de la historia»⁵².

Ortega es para Zambrano el que no renuncia de su condición española, el filósofo español, el español que es filósofo, el meditador. Entra en su filosofía por la meditación que recoge la tradición positiva de los meditadores anónimos, manteniéndose fiel a la situación en que vivía.

Filósofo, en un pueblo donde la filosofía existe en las cotidianas actitudes, dispersa y difusa, y que surge cuando la certidumbre se desintegra. La certidumbre, que no puede ser encerrada en una fórmula, al ser ella la figura que dibuja la integridad de la vida. Una figura que responde a la situación de una vida que reposa en sí misma en unidad viviente. A la vida no le llega la evidencia intelectual por la que una realidad se nos hace transparente, una creencia por la que la vida sale de sí misma. La evidencia intelectual solo nos proporciona una vida intelectual, lo que el intelecto puede alcanzar. Pero la vida es más que intelecto, necesita la búsqueda de certidumbres que den unidad y sentido a la vida del viviente.

En esta atención a la tradición española, a su historia, tanto Zambrano como Ortega son conscientes de que la historia de España no sigue a la del resto de Occidente; nuestro tiempo no es su tiempo. Vamos antes o después. De aquí la tragedia. España no ha aceptado su historia⁵³, falta el espejo donde poder descifrar el presente que nos abra al futuro, que nos clarifique, que nos transparente y esta transparencia nace de la luz de la inteligencia y de la luz de la propia vida; que vida y razón no se oculten la una a la otra⁵⁴. Aquí Zambrano marca una distancia con su maestro, pues para Ortega la razón es la que orienta la vida, la vida apenas dice nada, sin embargo, para Zambrano es la vida, en sus estratos más profundos del sentir y del sentido, la que pone en actividad el pensamiento.

⁵² *Ibíd.*, p.10.

⁵³ M. Zambrano: «Ortega y Gasset, filósofo español», *Asomante*, vol. V, n.º 1, San Juan de Puerto Rico, enero-marzo 1949, p. 5-17, p. 11.

⁵⁴ M. Zambrano: «Ortega y Gasset, filósofo español», *Asomante*, vol. V, n.º 2, San Juan de Puerto Rico, enero-marzo 1949, p. 6-15, p. 15.

Zambrano, no se centra sólo en la personalidad de Ortega, en su vocación y en su tarea como filósofo, sino que también pone en relación y confrontación la obra del maestro con la de otros autores, dentro de una panorámica que tiene como fondo de lectura la comprensión de la historia de España. Así en los artículos: «*Ortega y Gasset, filósofo español*»⁵⁵ y «*De Unamuno a Ortega y Gasset*»⁵⁶. Zambrano sitúa la obra de Ortega como mediadora, como una aurora⁵⁷ entre la obra de Ángel Ganivet y la de Unamuno.

Zambrano señala que es Ángel Ganivet en su obra «*Idearium Español*» donde la imagen de España, reflejada en la Inmaculada Concepción, se convierte en símbolo de la vida de España, una vida no manchada por la acción, pura, sin historia. Y ante la historia de España se nos ofrecen dos posibilidades de acción: el suicidio, la vida que se consume a sí misma o el místico, huida de la historia, como aspiración de todos los que no la han aceptado.

Para Zambrano, el verdadero antagonista de Ganivet, no es Ortega, sino Unamuno⁵⁸, el poeta trágico. El sentido de la obra de Unamuno, consiste para ella en poner de manifiesto nuestro conflicto vital e histórico para forzar al Dios desconocido a mostrarse. El Dios desconocido es el único que puede asegurar la racional esperanza de existir, de vivir eternamente, no así el dios de la filosofía que asegura un orden, una ley y armonía, pero no responde a la esperanza de inmortalidad de mi yo. La conversión propuesta por Unamuno, en palabras de Zambrano es: «salvarnos del suicidio para vivir agonizando, vencer la muerte a fuerza de desvivirse»⁵⁹. Vivir en la santidad, es la vía de salida de la tragedia.

55 El escrito corresponde a la primera lección del curso *Ortega y Gasset y la Filosofía actual*, impartido desde marzo a mayo en la Universidad de la Habana en 1948. Publicado en la Revista *Asomante*, de San Juan de Puerto Rico en 1949, pp. 6-15.

56 M. Zambrano: «De Unamuno a Ortega y Gasset», *Cuadernos de la Universidad del Aire*, n.º 7, agosto 1949, pp. 7-34.

57 Desde esta perspectiva podemos comprender que Zambrano considere a Ortega como un ser de Aurora. La luz de la aurora es mediadora entre la noche de los tiempos de la tragedia y el instante de fusión en la luz de los místicos. Cfr. M. Zambrano: *De la aurora*, Madrid, Ediciones Turner, 1986, pp. 121-123.

58 Una recopilación de los artículos de María Zambrano sobre Unamuno los encontramos en M. Zambrano: *Unamuno*, edición e introducción de Mercedes Gómez Blesa, Madrid, Mondadori, 2003.

59 M. Zambrano: «Ortega y Gasset, filósofo español», *Asomante*, vol. V, n.º 1, San Juan de Puerto Rico, enero-marzo 1949, p. 5-17, p. 17.

Zambrano nos señala que Unamuno fue hombre de un solo pensamiento y en él consumió su vida, «Unamuno fue un poeta trágico, fracasado a medias»⁶⁰. Fracasó al querer ser inmortal llevándose consigo el tiempo. Ortega es un filósofo que propone a los españoles el programa del pensamiento, pensamiento que es una forma de amor que no desemboca en una pasión, un amor intelectual que se resuelve en la luz, en la visión que busca la unidad desde la búsqueda de un horizonte.

La filosofía es presentada como un género de mirada, una mirada distanciada entre el que mira y lo mirado, una mirada sistemática que responde a un horizonte y a un límite. Pero, en nuestro parecer, todo horizonte es una idealidad temporal inalcanzable y por lo tanto nunca lograda. La mirada de Ortega quedó presa en la vida como realidad radical, en la búsqueda de la unidad entre pensar y vida.

Para Zambrano, Ortega rompe la tragedia unamuniana; un Unamuno apegado poéticamente y metafísicamente a la tragedia de carácter atemporal, para darle al protagonista de la tragedia un horizonte; así la tragedia se transforma en drama que corre con el tiempo.

De Unamuno a Ortega se verifica para Zambrano en España el tránsito de la poesía trágica a la filosofía, como aconteció en Grecia con Platón. La filosofía de Ortega pretende absorber la tragedia que espontáneamente es la vida, para transformarla en camino, en el camino que es la historia humana sobre el mundo. Ortega nos invita a encontrar la razón de la sinrazón de la historia española.

Tras la muerte de Ortega todos los artículos de Zambrano sobre él recogen la inquietud que le manifestaba por carta a Gaos en 1949: el carácter de la sistematicidad de su pensamiento y la problemática de la temporalidad en relación al sistema. El tema es de capital importancia pues tras él se nos abre y desvela cómo ha comprendido Zambrano la filosofía; pero en estos momentos, limitados a la extensión de un artículo, solamente haremos presentación de lo que sobre la filosofía de Ortega y su carácter sistemático reflexiona nuestra autora.

60 M. Zambrano: «De Unamuno a Ortega y Gasset», ob. cit., p. 30.

Dentro aun del recuerdo de la muerte de Ortega, Zambrano publica un artículo que lleva por título: «*José Ortega y Gasset*»⁶¹. En él, la autora, parte de que si la acción de la filosofía se ejerce en la comprensión y toda comprensión es ya una interpretación de las circunstancias en las que tenemos que hacer nuestra vida, ante las que tenemos que posicionarnos y tomar decisiones, entonces en esta comprensión-interpretación nos estamos comprendiendo a nosotros mismos junto con las circunstancias. Así pues, «el interpretar es ya presupuesto y ejercicio de sistema»⁶². Pero ¿en qué consiste este sistema? y ¿cómo comprende Zambrano este sistema de Ortega?

La filosofía de Ortega es un *feri*, un hacerse, pero no desde la suma de agregados, sino desde el hacerse de la vida, «pensar será siempre biografía e historiografía»⁶³. Pensar es la escritura de la vida del ser humano que al no agotarse en ninguna de sus realizaciones, culturas, técnicas, historia, tiempo, requiere que este sistema sea de carácter abierto, fragmento de un todo más amplio.

Casi en la misma fecha que el artículo anterior, publica Zambrano: «*La filosofía de Ortega y Gasset*»⁶⁴. El punto de partida es que la filosofía, como el ser de Aristóteles, se dice de muchas maneras, vertiéndose en géneros diversos. Este problema de la diversidad de géneros nos conduce al planteamiento de la unidad y sistema dentro de la filosofía de Ortega. Para Zambrano todo el pensamiento de Ortega guarda una unidad que proviene de una fe, de una intuición que está en la raíz de toda su reflexión, «*la vida como realidad radical*». A esta realidad radical le acompaña la razón vital, pero esta razón, en palabras de la misma autora:

No es propiamente una razón construida autónomamente y como tal, impuesta sobre la vida, sino todo lo contrario; una razón en marcha, una razón que se mueve como la vida⁶⁵.

61 M. Zambrano: «José Ortega y Gasset», *ob. cit.*, pp. 7-12.

62 *Ibid.*, p. 11.

63 *Ibid.*, p. 12.

64 M. Zambrano: «La filosofía de Ortega y Gasset», *Ciclón*, vol. 2, n.º 1, La Habana, enero 1956, pp. 3-9. Aunque la publicación es de 1956, el artículo fue escrito en 1955.

65 *Ibid.*, p. 5.

La razón en marcha es una razón *in fieri*, en movimiento, para dar cuenta de la radical realidad que es la vida personal y colectiva de un pueblo.

Zambrano, aprovechando la distinción orteguiana entre pensar y conocer, considera el pensar como uno de los ejercicios de la razón, entendido como, interpretar lo que acontece, descifrar lo que se siente. En este sentido, la novela, la poesía y la mitología son razón, un ejercicio de ella. El pensar en su primer movimiento no es la forma primaria de relacionarnos con las circunstancias; tras él hay algo más profundo que actúa como supuesto, el *contar con* la realidad que nos rodea y el prestarle *atención*.

Zambrano reconoce en este artículo, cómo la filosofía de Ortega nace de la crítica de la abstracción del tiempo operada desde Parménides y esto trae entonces como exigencia, algo que nosotros pensamos que Ortega no realizó en su totalidad, pero sí Zambrano. La acción que se requiere dentro del pensamiento es la de:

Penetrar de lleno en el tiempo, en el tiempo humano, quizá en los múltiples tiempos en los que el hombre ha de moverse⁶⁶.

Consideramos que esta exigencia del pensamiento de dar cuenta de la diversidad de tiempos que cruzan al ser humano, es la tarea que Zambrano lleva a cabo a lo largo de toda su obra. Podríamos defender entonces, aunque aquí solamente lo dejemos enunciado, que el tiempo se alza como la clave de bóveda que nos permite comprender e interpretar todo el pensamiento de Zambrano y considerarlo también como el elemento que lo dota de unidad y originalidad.

Siguiendo en la misma temática, la del sistema y unidad en la filosofía de Ortega, publica Zambrano en ese mismo año otro artículo, escrito en Roma, y publicado en la revista *Sur*⁶⁷.

Zambrano parte de que en la obra de Ortega se aúnan claridad y belleza de la forma y esto se identifica normalmente con la ausencia del rigor sistemático propio de la filosofía.

La autora trata de mostrar la unidad dentro de la multiplicidad en la obra de Ortega. Pero la consideración de sistema dependerá de

⁶⁶ *Ibíd.*, p. 9.

⁶⁷ M. Zambrano: «Unidad y sistema en la filosofía de Ortega», *Sur*, Buenos Aires, julio-agosto de 1956, n.º 241, pp. 40-49.

nuestra opinión sobre qué entendemos por sistema. La imagen del sistema, nos dice Zambrano:

Suele ser la imagen de una construcción perdurable, algo que reposa sobre cimientos invulnerables al tiempo, resistencia más que penetración⁶⁸.

Podemos entender por sistema, una arquitectónica, una edificación acabada y hecha por encima de la condición temporal, un salirse del tiempo, o más bien un anularlo. Desde esta consideración la obra de Ortega no es un sistema.

Sin embargo, Zambrano entiende, que el sistema es el movimiento propio de la filosofía en su desarrollo histórico, y en cada momento de la historia. La historia de la filosofía se nos presenta toda entera en cada momento que reparemos en ella, pero toda historia es discontinua, no hay historia sin discontinuidad. La historia esta rota por vacíos y silencios. Tampoco hay un pensamiento enteramente continuo que pueda instalarnos en un sistema total, verdaderamente edificado y acabado,

Pues de ser así, hubiera sido posible y necesario solamente uno: el correspondiente al saber absoluto propio de la divinidad⁶⁹.

Cierto que este es el saber que persigue el hombre, el pensamiento que se piensa a sí mismo, como imagen de la divinidad, como identidad cumplida que anula la resistencia del tiempo; pero una cosa es lo que se pretende y otra muy distinta es el sentirlo y considerarlo logrado, como ha acontecido en algún momento del desarrollo de la filosofía; pensemos en las construcciones sistemáticas del idealismo alemán, llevada hasta su más alta cumbre en el sistema hegeliano.

Con Zambrano podemos entender que la filosofía como acción propia de la vida de alguien, tiene una historia, y toda la historia depende de la estructura dramática temporal de la vida humana. Así la historia de la filosofía tendrá un carácter dramático, donado por el dinamismo y la fugacidad del tiempo, algo que la propia filosofía ha ignorado casi siempre, manteniéndose en casi todos sus momentos en lo inmutable, lo permanente, la identidad, el ser, la atemporalidad.

68 *Ibíd.*, p. 43.

69 *Ibíd.*, p. 43.

Si la razón no puede ejercitarse al margen de la vida, sino que tiene que dar cuenta de ella en su quehacer, en su fluir temporal en su ser y en su no-ser. La razón no puede ser estática sino dinámica, poética, creadora de posibilidades de realización y de respuestas expresivas, dotando de sentido las circunstancias que nos envuelven, en la búsqueda de la unidad de la vida, que es de por sí dispersión, confusión. Pero esta unidad es invisible y a ella responde todo sistema filosófico o todo saber no propiamente filosófico a los que debemos considerar siempre como fragmentos de un orden remoto e inaccesible.

Hemos ido dibujando a través de los artículos de María Zambrano sobre su maestro, la figura de Ortega y su relación con ella. Podemos señalar como constantes en esta relación: la fidelidad a la presencia y figura del filósofo en su vida y la de éste en la vida de España. Un vincularse estrechamente a las circunstancias que amorosamente hay que salvar para poder salvarme.

En esos artículos la escritora malagueña presta atención a la persona de Ortega y a su pensamiento sin plasmar ningún tipo de crítica sobre él. Es un reconocimiento del pensamiento de Ortega en lo que de savia nutricia y paternal tiene para el pensamiento de la autora o las bases desde donde el pensamiento de Zambrano se nutre para abrir nuevos rumbos, para ensanchar la reflexión del propio maestro.

El pensamiento de Zambrano no es un pensamiento que polemiza abiertamente, sino que trata de armonizar y acordar posturas, no se trata de *pensar contra*, se trata de *pensar con*. Uno de los suelos nutrientes del que parte su pensar es de raíz orteguiana y podemos señalar como puntos centrales los siguientes: (1) la filosofía como ejercicio amoroso que busca dotar de sentido las circunstancias en la que necesariamente tengo que hacer mi vida. (2) La filosofía como puesta en marcha de la razón, es siempre una acción *en vía*, en marcha, dinámica, corre pareja con el dinamismo de la vida que es en su esencia tiempo. (3) En tanto que la filosofía es una acción que trata de clarificar la vida en su dispersión y confusión, ésta lleva pareja una ética, es decir una determinada forma de plantarse frente a la realidad, un compromiso, una concreta forma de ser hombre. Ésta, creemos, puede ser una de las fallas del proyecto de Ortega, que Zambrano sufre y padece y que ella trata de asimilar a lo largo de

Ortega y Zambrano; maestro y discípula: presencia, silencio, distancias

toda su vida: la falta de compromiso y el silencio con la circunstancia por parte del maestro. La falta de una ética que dé cuenta de lo que acontece con tiempo.

Desde lo señalado, al final del anterior párrafo el segundo asunto que vamos abordar, es el de las respuestas a las circunstancias y que hemos dejado titulado como el silencio-palabra del maestro.

3. EL PROLONGADO SILENCIO Y LA ESPERADA PALABRA

La imagen del filósofo español, preocupado por la circunstancia de España, se empaña en la retina de Zambrano, cuando este guarda silencio ante los acontecimientos vivos del «aquí y el ahora» de España. La necesidad de la caída de la monarquía y el advenimiento de la República, la guerra civil y la vivencia del exilio. Algo que Zambrano nunca pudo asumir del todo a lo largo de su vida, fue el silencio como respuesta a todos estos acontecimientos. Ella que había escuchado al maestro hablar de la empresa social del pensamiento, de hacer que España estuviese a las alturas de las circunstancias. En esas horas, el silencio de Ortega tuvo que abrirle a un campo amplio de interrogantes: ¿por qué este silencio?; ¿por qué Ortega se escabulle del compromiso intelectual?; ¿será el pensador un mero espectador de la circunstancia?; ¿o será el silencio la última razón de Ortega, al ser el pueblo masa indómita que no se deja guiar por la razón? o quizás, ¿por qué la realidad de la sangre del pueblo no tiene razones? o mejor quizás ¿por qué la razón no pueda dar cuenta de la sinrazón?

Analizaremos la visión que Zambrano tiene de esta posición de Ortega, desde tres cartas que ella le escribe, dos son del 1930 y la otra posiblemente de 1932⁷⁰ y desde fragmentos de esas cartas que se encuentran en el manuscrito M-1⁷¹ y otros manuscritos inéditos

70 M. Zambrano: «Tres cartas de Juventud a Ortega y Gasset», *Revista de Occidente*, n.º 120, mayo 1991, pp. 13-26.

71 Los manuscritos inéditos se encuentran en la Fundación María Zambrano, sita en Vélez-Málaga, en el Palacio de Beniel. Son numerosísimos los inéditos y ellos contienen elementos importantes para comprender los escritos publicados de la propia autora. En ellos se nos muestra el pensamiento en su germinación, el pensamiento se va fraguando en los avatares de la existencia de la autora, y quedan como constancia de su continuo rehacerse. El M-1 lleva por título *Apuntes del Seminario de Historia de la Filosofía impartido por Xabier Zubiri*. En él encontramos dos extractos borradores de las cartas que Zambrano envió a su maestro.

que tocan el mismo tema. Esta pluralidad de escritos nos advierten de que no fue un tema pasajero en su vida, sino algo con lo que convivió a lo largo de los años.

La primera carta es del 11 de febrero de 1930, Zambrano aún no tiene 26 años, y en ella responde de forma crítica al artículo de Ortega titulado «*Organización de la decadencia nacional*» publicado en *El Sol* el 5 de febrero de 1930. La carta es firme y comprometida, aquí Zambrano no habla sólo en nombre propio sino en nombre de los jóvenes que esperaban una actuación de Ortega en la tarea de construcción de la nación, desde una unidad política de acción, desde unas exigencias de la conciencia histórica, que se manifestaban en el advenimiento de la República y el derrocamiento de la Monarquía.

Para Zambrano, Ortega toca tangencialmente el momento histórico y, para la autora:

No se puede crear historia sintiéndose por encima de ella, desde el mirador de la razón; sólo quien está por debajo de la historia puede ser un día su agente creador⁷².

¿Estaba Ortega en esta posición? Zambrano así lo considera, pues esa es la diferencia que ella establece entre la generación de Ortega y la de los jóvenes que sienten una misión dentro del momento histórico, una misión que no puede ser conservadora, guardiana de un ayer mineralizado. Ortega contempla el panorama desde la atalaya de su serenidad propia, ve lo inquietante pero su propia posición es segura.

En el manuscrito M-1, esta posición de Zambrano se observa con mucha más claridad. La diferencia entre Ortega y la juventud, viene marcada por la distinta pregunta que se plantean. Mientras los jóvenes se preguntan qué se debe hacer, una pregunta cargada de responsabilidad, Ortega se pregunta, qué pasará. La posición de Ortega, en palabras de Zambrano, es la de un espectador:

En cambio como Vd. me dijo, nosotros los jóvenes solo soñamos dentro de nosotros mismos. Pero veo ahora una razón; Vd., «El espectador» y su pregunta ¿Qué pasará?... Nosotros en cambio sentimos que somos, debemos ser actores y nuestra pregunta, quizás más angustiosa que la suya, porque va pre-

72 M. Zambrano: «Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset», *ob. cit.*, p. 15.

Ortega y Zambrano; maestro y discípula: presencia, silencio, distancias

ñada de responsabilidad es ¿Qué debo hacer?, ¿ve Vd. como nuestra situación es mucho más trágica?⁷³

La carta concluye con una petición a Ortega, «debe y puede hacer más, señor Ortega y Gasset; su misión con España está más alta»⁷⁴, todo es cuestión de fe, de confianza en la vida y en la historia. La respuesta de Ortega es la publicación de su artículo «*Delenda es monarchia*».

La segunda carta data del 30 de noviembre de 1930, y está motivada por una nota publicada en *El Socialista* por Pablo de A. Cobos que da cuenta del libro recién publicado de María Zambrano, «*Horizonte de Liberalismo*». El comentarista manipula intencionalmente y sitúa a Zambrano frente a su maestro. En la carta se presenta una Zambrano dolorida por dicha manipulación, en ella se duele de la publicación de dicho artículo y reconoce el magisterio de Ortega así como su sinceridad para con él.

En la tercera carta, posiblemente del 28 de mayo de 1932, Zambrano trata de clarificarse y justificarse. El motivo de la carta es el repliegue de la juventud no partidista, su cansancio y fatiga ante los «altos valores», una juventud que ya no actúa ni desde la angustia, una pérdida de fe y de solidaridad⁷⁵. Zambrano considera que Ortega está ligado a la realidad de España (Estatuto de Cataluña) pero su actuación es sobre los que ya tienen una mirada amorosa y llena de fe en España.

Retomando la expresión orteguiana «yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo», la posición de Zambrano es más amplia que la de Ortega: «no quiero salvarme sola». No es mi historia personal la que tiene que salvarse exclusivamente, es la historia de todo un pueblo la que debe salvarse⁷⁶, entendiendo por salvación la búsqueda de sentido, de significación y plenitud.

El 18 de Julio de 1936 Zambrano se suma al manifiesto fundacional de la «Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura», en cuya redacción participa y se ofrece a conseguir la firma de

73 M-1, *Apuntes del Seminario de Historia de la Filosofía impartido por Xabier Zubiri*.

74 M. Zambrano: «Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset», *ob. cit.*, p. 15.

75 *Ibid.*, p. 23.

76 Como señala J. Gaos, «A Ortega le faltaba interés por el prójimo.» J. Gaos: *ob. cit.*, vol. XVII, p. 249.

Ortega, enfermo y silencioso en la Residencia de Estudiantes. Consigue la firma de Ortega para un manifiesto de apoyo a la República. Aun así, no logra que hable a favor de la República en Radio América.

En ese mismo año, el 10 de septiembre, Zambrano publica: *La libertad del intelectual*⁷⁷, en el que no hay ninguna referencia directa a Ortega, pero podemos reconocerlo como el intelectual perteneciente a la burguesía, del que habla Zambrano en el artículo, y esta pertenencia hace que lo aparte de los problemas vivos y verdaderos del pueblo, encerrado en la minoría.

Zambrano con cercanas palabras a las de Nietzsche en boca de su Zarathustra⁷⁸ nos dice: «Solo se justifica y vivifica la inteligencia cuando por sus palabras corre la sangre de una realidad verdadera»⁷⁹, pero la verdad no es propiedad de una persona sino que es cosa de todos los hombres. El pensamiento debe bajar de su pedestal para acercarse al sentir del pueblo en horas de tragedia, en horas de auroras estranguladas, para que este sentir pueda hacerse fluido, transparente por la palabra, verdaderamente vital. En esas horas se hace necesaria la búsqueda de la razón del suceso aun siendo este un sin-sentido. Para Zambrano el camino es el de sumergirse en la vida sin pedirle cuentas, hundirse en la fuerza de la sangre de un pueblo que la lleva a derramarse.

En esas horas que atravesaban la historia de España, no se podía ser neutral, pues, para la autora: «no hay término medio entre la muerte y la realidad preñada de futuro»⁸⁰. Se necesitaba una razón activa que se pusiese en contacto con la realidad y participase en el combate de cada día, una «razón armada» portadora de acción y contemplación, pureza y fuerza.

Para Zambrano la causa profunda de la guerra es el idealismo que nutre y está en la base de la política fascista, pues éste sustituye la

77 M. Zambrano: «La libertad del intelectual», *El Mono Azul*, 10 septiembre 1936. Posteriormente recogido en M. Zambrano: *Los intelectuales en el drama de España...* ob. cit., pp. 131-132.

78 «De todo lo escrito yo amo sólo aquello que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con sangre: y te darás cuenta de que la sangre es espíritu. No es cosa fácil comprender la sangre ajena.» F. Nietzsche: *Así hablo Zarathustra*, Madrid, Alianza Editorial, 1983, p. 69.

79 M. Zambrano: *Los intelectuales en el drama de España...*, ob. cit., p. 132.

80 *Ibid.*, p.113.

Ortega y Zambrano; maestro y discípula: presencia, silencio, distancias

realidad inmediata de la vida por la idea, igual siempre a sí misma, atemporal:

El fascismo nos muestra la desgracia que para el hombre es conservar las palabras, los conceptos sin vida ya, de cosas que han sido y ya han dejado de servir⁸¹.

Si lo anterior hace referencia a la circunstancia de España, podemos decir lo mismo sobre la situación política de Europa en esos momentos, pues ésta está marcada por el ascenso de poderes totalitarios que desembocarán en el terror y espanto de guerras planificadas. Para Zambrano los totalitarismos, portaban de forma consciente o no, una carga ideológica en la que se ve implicada una determinada filosofía, una forma de entender la razón alejada de las inquietudes y las angustias de la vida, edificando y construyendo idealidades absolutas atemporales desenraizadas y desvinculadas de las inquietudes vivientes del pueblo y la persona⁸².

Con fecha de 1937, encontramos en la Fundación María Zambrano otro manuscrito, el M-4 que lleva por título: «*Los intelectuales en el drama español. Los que han callado: Ortega* (añadido a lápiz) y *Azorín*.» Zambrano parte del desconocimiento de las razones del silencio, un silencio absoluto que la desespera por inconcebible humanamente, pero que trata de comprender desde la serenidad, como falta de amor y misericordia:

Y considerado así, se nos aparece como una actitud perfectamente lícita. Hay quien no puede traspasar los límites de su pura moral, hay quien jamás se deja arrastrar por el amor. Más, por lo mismo, esta prudencia se nos aparecía también como una falta de misericordia. Como una falta de capacidad de entrega, de olvido de sí, como una falta de amor, de caridad hacia la carne de nuestra carne⁸³.

81 *Ibid.*, p. 94.

82 En esta misma línea debemos situar las reflexiones de Hannah Arendt sobre los absolutismos totalitarios que dominaron la esfera política europea en el siglo XX. En la tercera parte de su obra *Los orígenes del totalitarismo*, Arendt describe y analiza las dos formas de totalitarismo del siglo XX, el nazismo y el estalinismo. Para la autora los poderes totalitarios son aquellos que por métodos de terror y de violencia se apoderan de todas las cosmovisiones e ideologías convirtiéndolas en una forma de estado. Desde la propaganda de masas el totalitarismo se adueña de todos los ámbitos de la vida humana. En toda forma de totalitarismo se elimina el concepto de pueblo y de ciudadano, diluyéndose en la masa anónima y amorfa.

83 M-4, *Los intelectuales en el drama español. Los que han callado: Ortega y Azorín*. 1937.

Los que callaron, han preferido quedarse al margen sin dejarse «arrastrar por el amor», pero de lo que no han podido liberarse, en consideración de Zambrano, es del padecimiento de la circunstancia trágica, pues todos han tenido que pagar un precio, «pagar prenda». La prenda que paga Ortega es la de la soledad. Zambrano, recrea unas pequeñas frases del propio Ortega, de 1937, de «*Prologo para Franceses*» de la *Rebelión de las masas*:

Muy pocas cosas he sabido de Ortega y Gasset en este tiempo, pero unas palabras tuyas que he visto transcritas me han conmovido profundamente «empujando mi soledad por este París caí en la cuenta de que apenas a nadie conocía en la ciudad sino a las estatuas» y añadía «que había dialogado con ellas». La soledad tremenda de estas palabras revelan, indican que por su absención al igual que por nuestra participación ha tenido que pagar el precio⁸⁴.

Aun desde la posición silenciosa del maestro, Zambrano sigue considerando las palabras de Ortega escuchadas en su juventud como palabras semillas que han de germinar un día en tierra rejuvenecida, palabras que no desaparecen y que le hacen sentir «que España existe».

En Zambrano crece progresivamente un no poder pelearse ni reconciliarse con Ortega, una situación de desasosiego. Nace en ella un nudo difícil de desatar o que creemos que nunca logrará desatar del todo y que podemos ver reflejada en la siguiente pregunta: «¿cómo los amores pueden ser tan dispares?», así se expresa por carta a Rosa Chacel el 26 de junio de 1938:

España, a quien jamás llamaré mía porque soy yo de ella, y esta es la diferencia de amor. No dudo de tu amor a España, a la manera de Unamuno, que no es la mía. Pero sí creo que en ti existe un extravío grande, como en Unamuno, como en Ortega, a quien he enviado una palabra, una sola, q. (que) no sé si entenderá, pues es muy clara. ¿Tú no lo ves? ¿No os habéis peleado y reconciliado? Yo no podría ya con él, ni lo uno ni lo otro⁸⁵.

Entendemos que la diferencia se establece en la comprensión de la relación amorosa con España. Mientras Ortega, desde la perspectiva de Zambrano, es él el agente del amor, el yo que tiene como en posesión *el amor a* las circunstancias españolas. Zambrano es la

84 *Ibíd.*

85 M. Zambrano: *Cartas a Rosa Chacel, ob. cit.*, p. 37.

movida por el amor; el amor es poseedor, Zambrano la poseída; la movida e impulsada por la fuerza amorosa que le arrebató y la mueve a dar salida y cauce a la encrucijada española. España, no es una creación de nuestra voluntad, es la pasión que conforma nuestro ser y querer.

Perdida la guerra Zambrano parte al exilio y en la hora de cruzar la frontera, busca entre las hileras de hombres, mujeres y niños, al filósofo, al *sabio pueblerino*, al meditador de la realidad española, pero no lo halla. Sí en cambio se encontró, en los duros años de compromiso en la guerra y compartiendo la misma condena al exilio, al poeta Antonio Machado, amigo de su padre en Segovia, el poeta del pueblo, el poeta comprometido con la sangre. Era la poesía la que acompañaba la tragedia. ¿Era entonces la poesía la palabra de la sangre y no el pensamiento filosófico que se había traicionado a sí mismo?

Si Zambrano ya no puede la pelea ni la reconciliación con la postura del maestro ¿qué queda entonces?, queda el silencio y la espera. Así podemos comprender la excusa por carta a José María Chacón y Calvo, Rector de la Universidad de Puerto Rico, el 4 de marzo de 1940, de la imposibilidad de dar unas conferencias sobre Ortega:

Me es imposible el dar conferencias sobre Ortega y Gasset según le había dicho (...) Ha llegado a mi la posición franquista de Ortega y ya es algo muy por encima de mis fuerzas el hablar sobre él. No me lo imagino, ¿Qué quiere usted? Al lado de ellos, no puedo componer su figura, tan venerada, junto con tanta y triste vaciedad espiritual, no, no, no puedo (...) su figura ahora se me desdibuja y se me rompe. *Quizá cuando pase algún tiempo me sea posible el componerla de nuevo*, pero hoy se me ha hecho polvo y no quiero tampoco, en modo alguno, que se me trasluzca⁸⁶.

El silencio de Zambrano sobre el maestro lo considera como el mejor homenaje que le puede ofrecer, el silencio y la espera, para poder ir «recomponiendo su imagen», que como veremos se situará en una figura ideal, en un ser de aurora, un bienaventurado, un profeta anunciador de tierra nueva que logra entrever, pero no habitar.

86 En Oscar Adán: «Idea de Ortega», *República de las letras*, María Zambrano. La hora de la penumbra n.º 84-85, segundo trimestre del 2004, pp. 71-80, p. 77. Las cursivas son mías.

El silencio del maestro sigue golpeando la cabeza de la pensadora, en la necesidad de hacerlo pasar enteramente por su vida, hacerlo transparente, comprenderlo. A ello responde la publicación de «*Confesiones de una desterrada. Una voz que sale del silencio*»⁸⁷. Con la aparición de un nuevo libro de Ortega, «*Ensimismamiento y alteración*», Zambrano vuelve a escuchar su voz, pero la pregunta por su silencio en las horas de tragedia y nacimiento persiste. Será Ortega el que tenga que dar sus motivos, que Zambrano cree deben ser muy hondos y producto de la reflexión.

Ortega se le asemeja a Zambrano como el profeta anunciador de catástrofes que no puede evitar. El meditador arraigado en la sustancia de la vida española que con su silencio precede a la catástrofe anunciándola, no fue capaz de atravesar el tiempo de la tragedia. El silencio es entonces el que habla:

Por eso su silencio que precedió a la catástrofe tiene, por lo menos, un significado tan hondo como el de las mejores palabras que entonces se pronunciaran; nacía de la misma raíz y de una conciencia más clara y como tal más dramática, de la inexorabilidad de los acontecimientos⁸⁸.

La filosofía de Ortega nace como razón de amor para reformar la vida española, y esto es para Zambrano lo salvable, desde esto salvable Zambrano sigue esperando la palabra, respetando el silencio, pues cada uno debe aceptar su parte y puesto en la tragedia, un puesto diferente en cada quien.

Desde el dolor, desde la ruptura de la confianza, Zambrano busca una explicación que se guarda para sí, por no suplantar al protagonista. Es él el que tiene que dar razones:

Duele sí, no ha dejado de doler este silencio de Ortega. Lo hemos sentido como losa fría en los días de la guerra, en la soledad de Barcelona. Y lo hemos sentido más que nadie quienes hemos confiado en su palabra, quienes hemos creído en ella con una ingenua y radical confianza⁸⁹.

87 M. Zambrano: «Confesiones de una desterrada. Una voz que sale del silencio», *Nuestra España*, VIII, mayo 1940, pp. 35-44, en J. F. Ortega Muñoz: *María Zambrano. La humanización de la sociedad*, Unión General de Trabajadores de Andalucía, 2001, pp. 164-169.

88 J. F. Ortega Muñoz: *María Zambrano. La humanización...*, ob. cit., p.166.

89 *Ibíd.*, p. 169.

Ortega y Zambrano; maestro y discípula: presencia, silencio, distancias

El silencio de Ortega la había dejado huérfana, sin padre, sin mediador, ella que había nacido para ser hija, discípula, como se expresa en carta a Rosa Chacel en Agosto de 1953:

¿Hablaste con Don José (Ortega y Gasset)? Dime algo, por favor. Jamás me ha escrito una carta. Me dice (que) habla de mí con cariño. Si supieras, claro está que lo sabes, cómo he sido su discípula. Pues nació para ser hija, discípula, para obedecer y ya ves⁹⁰.

El último artículo donde Zambrano trata el silencio y la actuación de Ortega data de 1963, «*Un frustrado «pliego de cordel» de Ortega y Gasset*»⁹¹ Zambrano parte de una anécdota que consistía en que Ortega publicaría por sorpresa un texto sin firma que se distribuiría por los kioscos, algo que luego no se realizó. La anécdota es reveladora, de un Ortega hombre público y que gustaba de su publicidad y por ello no podía estar situado en bando alguno, lo que exigía el anonimato. El intento de Ortega era romper el hermetismo nacional, no sólo del intelectual sino del hombre de la calle, pero desde ninguna posición comprometida, que da la cara, sino desde el anonimato.

Los jóvenes veían un Ortega ensimismado y angustiado, falto de palabra, un hombre que no actuaba bastante en aquel momento según su sentir. Con claridad intelectual pero sin contar con la posibilidad de la tragedia, «Don José por pensamiento y por modo de ser, era antitrágico»⁹². Era difícil conjugar el ejercicio lúdico deportivo y jovial del pensamiento orteguiano con los acontecimientos trágicos de la palabra que se hace sangre. Ortega no había contado con el padecer, él era un espectador de las circunstancias, pero las circunstancias se padecen, se sienten antes de pensarlas para adaptarse a ellas. Como señala Cerezo Galán:

La tragedia de Ortega es que no tuvo qué decir ni a quien decirlo. En medio de aquella gigantesca catástrofe de la vida española, había naufragado también su palabra⁹³.

Había naufragado su proyecto político.

90 M. Zambrano: *Cartas a Rosa Chacel, ob. cit.*, p. 47.

91 M. Zambrano: «Un frustrado «pliego de cordel» de Ortega y Gasset», *Papeles de Son Armadans*, n.º 89, pp. 187-196.

92 *Ibíd.*, p. 190.

93 P. Cerezo Galán: *La voluntad de aventura*, Barcelona, Editorial Ariel, 1984, p. 429.

En la década de los setenta, con unas coordenadas de pensamiento ya maduras y siempre en germinación. Zambrano trastoca la figura del maestro en un ser de rasgos idealizados⁹⁴, en una imagen privilegiada onírica. Tomamos como referencia dos textos, uno es del año 1983: *José Ortega y Gasset en la memoria. Conversión-Revelación*⁹⁵, el otro pertenece a un capítulo de su obra *De la aurora*⁹⁶.

En el primero Ortega entra en el campo de la memoria de Zambrano, desde un instante privilegiado: un paseo con algunos de sus alumnos por los alrededores de Madrid y la imagen del maestro en «el desierto de Vicálvaro», imagen que se transfigura en la de un profeta, en un Moisés, guía del pueblo hacia una tierra prometida a la que él nunca llegará a entrar. Una tierra prometida, España, que para ser tal «necesita ahora de una conversión». La realidad de España es la mayor resistencia, al igual que nuestra propia vida como «realidad radical». Resistencias que deben ser convertidas para dar a luz su razón escondida.

El segundo texto, como ya hemos indicado, pertenece al libro *De la Aurora*, la persona de Ortega y Gasset, junto con la de Nietzsche, son «los seres de la Aurora». Toda la acción de Ortega y su pensamiento están encaminados para Zambrano por el horizonte de la Aurora, hora del día que no se sabe en que va a derramarse, ni se sabe lo que va a traer. La aurora es la mediadora entre las sombras de la noche y la luz imperiosa del mediodía. Ortega era, como ya hemos señalado anteriormente, el mediador entre la tragedia y la mística, el héroe y el santo.

Zambrano vuelve a señalar el «logos del Manzanares», las razones de amor, como su punto de partida, el que:

Le ha dado aliento para pensar, ya por sí misma, mi sentir originario, acerca de un logos que se hiciera cargo de las entrañas, que llegase hasta ellas y fuese cauce de sentido para ellas; que hiciera ascender hasta la razón lo que trabaja y duele sin cesar, rescatando la pasividad y el trabajo, y hasta la humillación de lo que late sin ser oído, por no tener palabra⁹⁷.

94 Esta idea de idealización de la figura del maestro la tomamos prestada de Oscar Adán: «Idea de Ortega», ob. cit., también en Oscar Adán: «Idea de Ortega», en VV. AA.: *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica...* ob. cit., pp. 353-361.

95 M. Zambrano: «José Ortega y Gasset en la memoria. Conversión-Revelación», *Revista de Estudios Ortegaianos*, n.º 8/9, 2004, pp. 261-263.

96 M. Zambrano: *De la aurora*, ob. cit., pp. 121-123.

97 *Ibid.*, p. 123.

Ortega y Zambrano; maestro y discípula: presencia, silencio, distancias

Ortega es el ser de Aurora que abre el día a la mañana, para que otros puedan transitar por ella con sus propios pasos acompañados, y así también reconoce Zambrano que:

La senda que yo he seguido, que no sin verdad puede ser llamada órfico-pitagórica, no debe ser, en modo alguno atribuida a Ortega⁹⁸.

El «logos del Manzanares» es la aurora que permite a Zambrano vislumbrar en el horizonte y poner en ejercicio la «razón poética-creadora», una razón más honda y más ancha, es la fidelidad en el continuo-discontinuo del pensamiento.

Como ya he señalado en el inicio del artículo, un tercer aspecto dentro de las relaciones Ortega-Zambrano, que dejaré para una posterior publicación, viene marcado por las distancias en los planteamientos teóricos.

Si hemos señalado como raíz nutriente del pensamiento de Zambrano, la vida como realidad radical, y el logos amoroso que circula por toda la realidad, y la consideración de la filosofía como acción transformadora; elementos en los que Zambrano ha reconocido siempre el magisterio de Ortega. Otro componente de continuidad del pensamiento de Zambrano, que ha pasado un tanto inadvertido, señalado este por Ángel Casado⁹⁹, es la «imitatio magistro», Zambrano trata temas que Ortega ya había tratado, usa ideas y expresiones orteguianas considerándolas asumidas por el público.

Aun teniendo esto anterior en consideración, debemos señalar también que gran parte de los términos que Ortega usa para dar cuenta de la vida, son ensanchados y en algunos casos corregidos y modificados por la discípula, en la medida, como ya hemos señalado, en que su pensamiento corre parejo a su vida y a sus múltiples tiempos y a la realidad que se le ha impuesto que se abre en los múltiples ritmos temporales de cada ser humano.

El tema de los distanciamientos-ensanchamientos dentro del marco de la reflexión del pensamiento de Zambrano respecto del de su maestro, como ya he indicado desborda en estos momentos los

⁹⁸ *Ibíd.*, p. 123.

⁹⁹ Zambrano, María: *Extractos del curso de Ortega sobre Galileo (1933)*, Edición de Ángel Casado, Valencia, Editorial Universitaria Politécnica de Valencia, 2005.

espacios de páginas exigidos por el presente artículo, es por ello que prefiero dejarlo abierto para una próxima reflexión; sólo adelantar como pórtico del ágora a los espacios nuevos abiertos por Zambrano y señalar como dintel axial; el problema del tiempo en la vida humana y el predominio del concepto. La consideración del tiempo y el enclaustramiento de este en el concepto, por parte de Ortega, es a nuestro parecer el punto eje que mueve a Zambrano a modificar, corregir y distanciarse de los planteamientos del maestro, en la medida que Ortega se desprende de la vida para adentrarse precipitadamente en la historia como sistema, sin haber realizado un estudio profundo y amplio de una metafísica de la vida vestida en las envolturas del tiempo como el medio, camino y horizonte de apertura y realización de posibilidades en la identificación del ser que alienta y aletea en toda vida por darse a la visibilidad.

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS Y DOCUMENTALES

- ABELLÁN J. L. *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939* México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- ARANGUREN J. L. Los Sueños de María Zambrano, *Revista de Occidente*, n.º 34 Enero 1966, p. 207-212.
- BUNDGARD A.: *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico místico de María Zambrano*. Madrid: Editorial Trotta, 2000.
- CAMPOS PINO L. M.: *Estudios sobre Zambrano: el magisterio de ortega y las raíces grecolatinas de su filosofía*. Tenerife: Universidad de la Laguna, 2005.
- CEREZO GALÁN, P.: *La voluntad de aventura*. Barcelona: Editorial Ariel.
- EGUIZABAL J. I.: *La huida de Perséfone. María Zambrano y el conflicto de la temporalidad*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1999.
- GAOS J.: *Obras completas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- MAILLARD GARCÍA M. L.: Ortega y Zambrano, la deuda de un magisterio «que nada tiene de nostálgica memoria», *Revista de Estudios Orteguianos*, 2004, n.º 8/9, p. 249-259.
- MARIAS, J.: *La escuela de Madrid*. Buenos Aires: Emece Editores, 1959.
- MORA GARCÍA, J. L.: María Zambrano: la herencia paterna de su compromiso intelectual y moral. En: Romero Baró J. María: *Homenaje a Alain Guy*. Barcelona: Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2005, p. 201-205.
- ORTEGA y GASSET, J.: *Obras Completas*. Madrid: Santillana y Fundación José Ortega y Gasset, 2006.
- ORTEGA MUÑOZ, J. F.: *La humanización de la sociedad*. U. G. T. De Andalucía. 2001.
- ANA RODRÍGUEZ FISCHER (Ed.): *Cartas a Rosa Chacel*. Madrid: Versal, Cátedra. (Edición de 1992).

Ortega y Zambrano; maestro y discípula: presencia, silencio, distancias

VV.A.A.: *El Madrid de José Ortega y Gasset*. Sociedad Estatal de conmemoraciones culturales / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

VV.A.A.: *María Zambrano 1904-1991. De la razón cívica a la razón poética*. Madrid: Publicación de la Residencia de Estudiantes / Fundación María Zambrano, 2004.

VALENTE, J. A.: María Zambrano y «El sueño creador» *Insula*, 1966, n.º 238, p. 1 y 10.

ZAMBRANO, M:

- *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993.
- *De la aurora*, Madrid, Ediciones Turner. (Madrid, Universidad de Alcalá, Club Internacional del libro, 1998). (Edición de 1986).
- *Escritos sobre Ortega*, Madrid, Editorial Trotta (Edición, introducción y notas de Ricardo Tejada) 2011.
- *Extractos del curso de Ortega sobre Galileo (1933)*, Valencia, Editorial de la UPV, (Edición de Ángel Casado). (Edición de 2005).
- *Filosofía y Educación*, Málaga, Editorial Ágora (Edición de Ángel Casado y Juana Sánchez-Gey), 2007.
- *La vocación de maestro*, Málaga, Editorial Ágora (Presentación de Gómez Cambres). (Edición de 2000).
- *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Editorial Trotta. Presentación de Jesús Moreno Sanz. (Edición de 1998). Anteriores ediciones: Santiago de Chile, Panorama, 1937. Hispamerca, Madrid, 1977. En Senderos, Barcelona, Anthropos, 1986.
- «Tres cartas de juventud a Ortega y Gasset» (las cartas son del año 1930-32), publicadas en: *Revista de Occidente*, mayo 1991, n.º 120, p. 13-26.
- «Obras de José Ortega y Gasset». *Cruz y Raya*, mayo de 1933, n.º 2, p.145-154.
- «Ortega y Gasset, filósofo español». *Asomante*. n.º 1, San Juan de Puerto Rico, enero-marzo de 1949, p. 5-17 y n.º 2, p. 6-15.
- «De Unamuno a Ortega y Gasset». *Cuadernos de la Universidad del Aire*, agosto de 1949, n.º 7, p. 27-34.
- «Don José». *Ínsula*, noviembre de 1955, n.º 119, p. 2 y 7.
- «José Ortega y Gasset», *Cuadernos del Congreso por la libertad de la Cultura*, enero-febrero de 1956, n.º 16, p. 7-12.
- «Unidad y sistema en la filosofía de Ortega y Gasset». *Sur*. Buenos Aires, julio-agosto de 1956, n.º 241, p. 40-49.
- «La filosofía de Ortega y Gasset», *Ciclón*, La Habana, enero de 1956, n.º 1, pp. 3-9.
- «Apuntes sobre la acción de la filosofía». *La Torre*. julio-diciembre 1956, Año IV, n.º 15-16, (Homenaje a José Ortega y Gasset), p. 553-576.
- «Un frustrado «Pliego de Cordel» de Ortega y Gasset». *Papeles de Son Armadans*, agosto de 1963, Año VIII, n.º 89, p. 187-196.
- «José Ortega y Gasset en la memoria. Conversión-Revelación». *Revista de Estudios Orteguianos*, 2004, n.º 8/9, p. 261-263.
- «Ciencia e iniciación» *Educación*, diciembre de 1970, n.º 31, p. 77-79.